

PRESENTACION

Explosión artística que aún no termina

Dedicamos las secciones Literatura y Arte del presente número de Atenea a recordar el movimiento surrealista, porque ha sido una de las más vigorosas expresiones artísticas ocurridas entre las dos Guerras Mundiales. Y, además, porque en América ha sido Chile el país donde el surrealismo ha adquirido sus más altos relieves, tanto en la literatura como en la pintura. Con respecto a esta última manifestación, el crítico Víctor Carvacho señala que “el superrealismo es el rasgo dominante de un numerosísimo grupo de pintores chilenos, desde la década del cuarenta en adelante. Hasta ahora (lo decía en 1979) esa tendencia es la más constante, en forma expresa o como trasfondo de adhesión inconsciente”. Su exponente máximo, apreciado internacionalmente, es Roberto Matta Echaurren. Otro representante de relevancia, pero no de la primera época, es Mario Carreño, cubano de origen y nacionalizado chileno, Premio Nacional de Arte.

En cierta forma, algunos matices de la poesía de Pablo Neruda y de Vicente Huidobro son vinculados con el surrealismo, aun cuando ninguno de los dos formó parte de tal movimiento y en ocasiones lo criticaron. Ambos siguieron caminos distintos. Neruda alcanzó el Premio Nobel. Huidobro está siendo reivindicado como un auténtico creador de indiscutida originalidad; casi a cuatro décadas de su muerte, las proféticas premoniciones del autor de Altazor han adquirido validez y universal reconocimiento. Distinto ha sido también el camino de los jóvenes poetas que

formaron el Grupo Mandrágora, de poderosa autonomía alimentada por incontenible vocación libertaria.

Pareciera que el surrealismo se negase a ser envasado como una lata de conservas. Quizás por eso las enciclopedias lo tratan todavía como si estuviese en un período de transición, porque a pesar de su deterioro que se hizo evidente, a partir de 1948, con la división de sus líderes y el abandono de militancias políticas, "sus premisas liberadoras y subversivas se han incorporado a la tradición de la cultura occidental y han seguido manifestándose de algún modo en todos los campos de la creación artística: poesía, pintura, escultura, teatro, cine, fotografía e incluso en la publicidad". Ejemplos: Buñuel, Dalí, Miró, entre otros. De vez en cuando los programas de cine-arte incluyen a Orfeo, esa joya cinematográfica de Jean Cocteau típicamente surrealista.

La música se vio, igualmente, empujada a crear nuevos "objetos sonoros". Strawinsky y Eric Satie tejen una red semejante al collage con sorprendentes y audaces hallazgos que no rechazan ni las disonancias porque contribuyen a enriquecer el campo sonoro. Asimismo, por lo mucho que tenía de improvisación, el jazz fue comparado con la escritura automática de la poesía surrealista.

En sus expresiones externas se le ha buscado al surrealismo alguna semejanza con el movimiento hippie por su inclinación a exaltar la pasión erótica y los procesos oníricos o a provocarlos artificialmente. Aquél, sin embargo, fue una reacción contra una sociedad decadente y una postguerra que desembocó en crisis económica mundial magnificada por la gran depresión de los años 1929-30. Este otro fue la reacción de una juventud hastiada contra una sociedad opulenta, llamada de consumo por su obsesión por la riqueza, el confort lujoso y la acumulación de bienes materiales. La de los hippies fue la revolución de los satisfechos, decididos a triturar formas, colores y valores establecidos, pero no dejaron huellas duraderas en el arte.

Un movimiento artístico y literario no se produce espontáneamente. Para que surja como algo coherente, se van macerando

elementos que en determinado instante histórico se armonizan y coordinan. Todos tienen antecedentes próximos y lejanos. Tal es el caso del romanticismo que empezó a desplazarse por Europa con Werther de Goethe, firmó su acta de nacimiento en el prefacio de Cromwell y tuvo su bautismo de fuego en el estreno de Hernani, ambos de Víctor Hugo, sin desconocer por ello las actitudes románticas de muchos poetas que han existido desde la antigüedad. "El surrealismo, asegura Braulio Arenas, deberá entroncarse a aquellos momentos más felices de la poesía, sea ésta en cualquier forma que se haya establecido. De ahí que lo veamos en los libros de caballerías, compartiendo el amor loco de un Amadís por una Oriana... No es extraño, tampoco, que el surrealismo se haya escurrido en aquellos insondables castillos, desde el castillo interior de Santa Teresa hasta el castillo exterior de Kafka, pasando por el castillo mitad piedra y mitad hombre descrito por Horace Walpole.

"No es raro, igualmente, que haya convivido con la poesía de Bocángel o Góngora, con el caballero invisible y el monstruo satírico de los españoles, con los héroes y heroínas de los dramas sangrientos de aquellos contemporáneos de Shakespeare, con los novelistas góticos ingleses, con los románticos alemanes, Novalis y Arnim a la cabeza".

Es lo que se llama "la línea genealógica de la imaginación".

Y el sumo sacerdote del surrealismo, André Breton, con un sentido humorista, escudriña profundas y variadas raíces:... Teniendo en cuenta de un modo superficial los resultados, escribe en su primer Manifiesto, buen número de poetas podrían pasar por surrealistas, comenzando por Dante y, en sus buenos momentos, Shakespeare.

Swift es surrealista en la malignidad.

Sade es surrealista en el sadismo.

Chateaubriand es surrealista en el exotismo.

Constant es surrealista en política.

Hugo es surrealista cuando no es estúpido.

*Desbordes-Valmore es surrealista en el amor.
Bertrand es surrealista en el pasado.
Rabbe es surrealista en la muerte.
Poe es surrealista en la aventura.
Baudelaire es surrealista en la moral.
Rimbaud es surrealista en la práctica de la vida y en
/cualquier parte.
Mallarmé es surrealista en la confidencia.
Jarry es surrealista en el ajenjo.
Nouveau es surrealista en el beso.
Saint-Pol-Roux es surrealista en el símbolo.
Fargue es surrealista en la atmósfera.
Vaché es surrealista en mí.
Reverdy es surrealista en su casa.
Saint-John Perse es surrealista a la distancia.
Roussel es surrealista en la anécdota.
Etcétera.*

La televisión ha recogido bastante de las técnicas surrealistas, que no son normativas sino recursos individuales de artistas ya consagrados por el juicio de la historia: los juegos de imágenes, las figuras que se disuelven en densas nubes y los montajes en "cámara lenta" para publicitar un licor o un cosmético, nos recuerdan los cuadros de Dalí, de Chagall, o las greguerías de Ramón Gómez de la Serna.

En la década del treinta nuestros escritores vivían bajo la influencia de los españoles y particularmente de los franceses. De ahí que la poesía surrealista emergiera con tanto ímpetu en nuestro medio, sin los desfases ni los efectos retardados de otros movimientos literarios anteriores.

Sin lugar a dudas, el surrealismo ha sido un fenómeno de un poder creador que justifica la afirmación de Spengler en el sentido de que "la historia debe ser objeto de la poesía". A los poetas surrealistas se les ha llamado pesimistas y decadentes, más por incompreensión que por repudio. Por eso creemos pertinente trans-

cribir las palabras que pronunció Isaac Bashevis Singer, al recibir el Premio Nobel de Literatura en diciembre de 1978:

“El pesimismo de la persona creadora no es decadencia, sino una fuerte pasión por la redención del hombre. Al tiempo que divierte, el poeta sigue en pos de las verdades eternas, de la esencia del ser. A su manera, intenta resolver el enigma del tiempo y el cambio, de encontrar una respuesta al sufrimiento, de descubrir el amor en el fondo de la crueldad y de la injusticia.

“Por extrañas que parezcan estas palabras, suelo fantasear con la idea de que cuando todas las teorías sociales se derrumben y las guerras y revoluciones dejen a la humanidad en el más profundo abatimiento, el poeta, a quien Platón proscribió de su República, surgirá para salvarnos a todos”.

Un poeta y novelista del Grupo Fuego nos decía recientemente que al surrealismo habría que enterrarlo como los desechos atómicos. Atinada observación, porque los residuos nucleares difícilmente se degradan y, aun cuando se les sepulte bajo toneladas de concreto armado, su peligrosidad contaminante queda latente. Del mismo modo, la explosión surrealista continuará lanzando destellos incandescentes mientras el mundo siga desorientado y penetrado por una inquietante confusión capaz de estimular cualquier exceso fuera de todo control.

TITO CASTILLO

LITERATURA